

John Lukacs

CINCO DÍAS EN LONDRES, MAYO DE 1940.
CHURCHILL SOLO FRENTE A HITLER

Prefacio

Mi historia de esta historia no tiene un origen preciso. Hace unos cuarenta, o quizá cincuenta años, empecé a persuadirme de que los últimos días de mayo de 1940 pudieron resultar decisivos para el resultado de la Segunda Guerra Mundial. Esta idea, pensamiento, o quizá no más que una simple noción, concordaba con mi convencimiento de que la fase más importante de la Segunda Guerra Mundial tuvo lugar antes de diciembre de 1941, esto es, antes de la entrada en guerra de los Estados Unidos, y coincidiendo con la primera retirada alemana ante Moscú, tras la cual, Hitler podía aún ganar grandes batallas, pero ya no la guerra. Movido por dicha convicción decidí, en 1968, escribir un libro, *The Last European War, 1939-1941*, que fue publicado finalmente en 1976. Fue en esta época, 1970, cuando el Gobierno británico decidió acortar la reserva sobre sus documentos oficiales, rebajándola de cincuenta a treinta años. De este modo pasé algunas semanas en Londres en 1971, principalmente en el Departamento de Publicaciones Oficiales. Y quizá fui de los primeros que leyó y trabajó sobre los documentos archivados en el Departamento correspondientes a mayo-junio de 1940. Lo que leí confirmó mi sospecha (si de eso se trataba en realidad) de que aquellos días en Londres fueron muy graves, no sólo por la catastrófica situación militar en Flandes y en Francia, sino también por la situación de Churchill dentro del Gabinete de Guerra, más difícil de lo que muchos, incluidos los historiadores

de la época, pensaban. Sin embargo, dada la amplitud, el tamaño y la inusual estructura de *The Last European War*, no pude dedicar más de tres páginas a este episodio, todas ellas en la parte I, la sección narrativa del libro.

Transcurrieron dieciséis años, en los cuales he escrito varios libros más, siempre sobre temas diversos. En 1989, mi editor de entonces y buen amigo, John Herman, de Ticknor & Fields (ya desaparecida) me preguntó sobre qué trataría mi próximo libro. Reflexioné un momento: sobre 1940; o para ser más precisos, sobre los ochenta días entre el 10 de mayo y el 31 de julio de 1940, marcados por el duelo entre Winston Churchill y Adolf Hitler. Mientras escribía *The Duel* volví a instalarme durante algunas semanas en Inglaterra, en el Departamento de Publicaciones Oficiales y con acceso a otros archivos. En *The Duel* alrededor de catorce o quince páginas estaban consagradas a la última semana de mayo de 1940. Y entonces, siete años después de terminar el manuscrito de *The Duel* elegí volver a la historia de esos días, animado por el director editorial de Yale University Press, mi editor en la actualidad. En 1997 y 1998 volví dos veces a Londres para proseguir mi investigación, ampliada y profundizada tras la lectura de una gran diversidad de archivos y documentos privados. *Habent sua fata libelli*: esta es la historia del libro actual.

Así pues, podría decirse que este libro equivale a la culminación de una trilogía muy desequilibrada: de tres páginas en *The Last European War* a quince páginas en *The Duel* para pasar a 220 páginas en este volumen. O, si se quiere, de la historia macrocósmica a la historia microcósmica. Un amigo me dijo el otro día, con cómica gravedad: ¿tu próximo libro se titulará *Tres horas en Londres*? No, la respuesta es no.

Debo añadir una advertencia previa. Y es que no sólo el alcance, sino también las estructuras de los libros mencionados, difieren profundamente. Como historiador un tanto inclasificable, no me considero un especialista en la historia política, social o militar de Inglaterra. Ahora bien, sí me considero autorizado a incluir aquí una reflexión. Durante los últimos quince o veinte años los historiadores británicos han escrito notables artículos y libros relacionados con Churchill y Halifax, y también con la política durante la guerra, incluidos en algunos casos esos

cinco días en mayo de 1940. A riesgo de parecer presuntuoso, me aventuro a afirmar que yo he tenido una ventaja sobre muchos de ellos. Se trata de mi conocimiento de Hitler, o, más bien, mi familiaridad con documentos y otros materiales relacionados con él, en este caso especial de 1940. Porque, sin entender qué dijo y qué pensó Hitler, y lo cerca que estuvo de obtener la victoria en la Segunda Guerra Mundial en ese mes de mayo de 1940, ese "duelo" entre Churchill y Halifax en el Gabinete de Guerra puede parecer secundario: un momento de duda, quizá, o un conflicto de personalidades, o una nota a pie de página en la historia política de la Inglaterra moderna. Hubo, y hay, razones para examinar y tratar de esa forma los cinco días en Londres de mayo de 1940. Tales enfoques no son necesariamente el resultado de una estrechez de miras o una excesiva especialización. Los puntos de vista muy estrechos a menudo son útiles, mientras que hay un cierto tipo de amplitud de miras que puede ser irrelevante. En este libro, sin embargo, he intentado combinar la minuciosa precisión del especialista con una perspectiva más amplia, consciente de que la perspectiva es un componente de la realidad misma: en suma, que durante esos cinco días en Londres, el peligro, no sólo para Inglaterra sino para el mundo en general, fue mayor y más profundo de lo que muchos piensan.

Capítulo dos Viernes, 24 de mayo (fragmento)

Hitler da la orden de detener la ofensiva

En la mañana del 24 de mayo, a primera hora, Hitler abandonó su centro de operaciones en los confines de Alemania y emprendió vuelo para encontrarse con el general Karl Rundstedt en Charleville, orilla occidental del Mosa. Un hecho inusual, pues la costumbre de Hitler era acostarse tarde y levantarse tarde (parece que la última vez que había madrugado fue el 3 de septiembre de 1939, el día en que Francia e Inglaterra le declararon la guerra a Alemania). Lo que deseaba discutir con Rundstedt era, por supuesto, muy importante. Se trataba del rápido avance alemán que había permitido encerrar al ejército aliado en Flandes y Bélgica, empujándolo hacia los puertos aún libres del Canal donde Boulogne ya había caído, donde estaba a punto de iniciarse el sitio de Calais, y donde las divisiones blindadas del general Guderian habían logrado progresar hasta situarse a poco más de veinte kilómetros de Dunquerque tras franquear su principal obstáculo, el canal Aa, por dos lugares diferentes. No obstante, había que estudiar ciertos riesgos: Guderian podría haber ido demasiado deprisa. Y tanto Hitler como Rundstedt estaban de acuerdo sobre este punto. A las 11:42 horas de esa mañana se impartió la orden: Guderian debía interrumpir su avance momentáneamente.

Abunda la bibliografía (y las especulaciones) sobre los motivos (más que sobre las consecuencias) por los cuales Hitler tomó esa decisión. Los motivos y los propósitos de Hitler son

complejos. Debemos intentar desentrañarlos, o al menos especificarlos. En un primer estrato mental (si esa expresión es correcta) le preocupaba el uso al que habían sido sometidos los blindados alemanes, enzarzados en escaramuzas y en incesante movimiento desde hacía más de una quincena: dicha preocupación coincidía con la de Rundstedt, que la misma noche anterior había registrado el balance de pérdidas. Tal vez contribuían a dicha preocupación los recuerdos que Hitler conservaba de una Primera Guerra Mundial en la que había combatido durante cuatro años sobre cenagosos terrenos surcados de canales y cursos de agua, y donde el lodo podía abortar los intentos de ofensiva de grandes batallones. Más evidentes y documentables son las ansiedades que acosaban a Hitler en esas fechas. Aún temía una posible contraofensiva aliada que mutilase el hocico de un cocodrilo que no dejaba de crecer. En suma, no daba crédito -aún- a su suerte.

Tenía otro factor en mente. Cualquier historiador digno de tal nombre sabe obtener explicaciones singulares de las vicisitudes humanas, o sea, sabe atribuir un motivo único a una decisión dada.¹ Y aún es necesaria una distinción entre motivos y objetivos (los primeros, un empuje del pasado; los segundos, un tirón del futuro), pues no abundan los casos en que las metas perseguidas por una decisión son únicas o exclusivas. Esto es válido también para Adolf Hitler, que era un hombre reservado y de mente compleja. Cabe al menos la posibilidad de que no deseara aniquilar por completo al Cuerpo Expedicionario Británico. "No aniquilar" es acaso la formulación verbal que se acerca más a la verdad, o, más bien, al modo de trabajar de su mente. Tanto en la guerra como en la política, conviene no pocas veces al vencedor dejar o permitir un margen de huida al derrotado; de otro modo, tras destruir todos los puentes de la huida, podría combatir hasta la muerte, con todo tipo de consecuencias impredecibles. Aunque sin duda Hitler tenía esto presente, apenas tardaría, retrospectivamente hablando, en exagerar sus metas. "Puente" -de hecho, "puente de plata"- es la terminología que han utilizado algunos alemanes para explicar la decisión tomada por Hitler de interrumpir su ofensiva ante Dunquerque. Entre ellos Rundstedt, cuyos recuerdos contienen un particular sabor

de alegato. Al término de la contienda Churchill, en sus *Memoorias de Guerra*, se preocupó especialmente de ignorar toda especulación relativa a puentes de plata; en lugar de eso, atribuyó a las dudas de Rundstedt, no a las de Hitler, la orden de interrumpir la ofensiva. Churchill no estaba del todo equivocado: "puente de plata" era una exageración, para decirlo finamente. Pero aunque falta de precisión, una exageración no es necesariamente una mentira. Personas que se movían en el círculo de Hitler oyeron de sus propios labios el mensaje: "El Führer desea evitar a los británicos una derrota humillante".² Después de Dunquerque, el raciocinio de Hitler se manifestaría en estas palabras: "El ejército es la espina dorsal de Inglaterra... Si lo destruimos, adiós al Imperio Británico. No sabríamos, o no podríamos heredarlo... Mis generales no eran capaces de entender esto".³ Y ya casi en las postrimerías de la guerra, en febrero de 1945: "Churchill fue totalmente incapaz de apreciar el espíritu caballeroso de que hice gala cuando evité la creación de una barrera infranqueable entre nosotros y los británicos. Sin embargo, me privé de exterminarlos en Dunquerque".⁴

Los objetivos de Hitler eran varios y entremezclados. Quería que el ejército británico abandonase Europa. Pero con la "no aniquilación" del BEF, no es que quisiera perdonarle la vida. Tres días antes de ordenar la interrupción de la ofensiva, había permitido que Hermann Goering le convenciese de que la Luftwaffe podía machacar a unos ingleses en plena retirada. El 23 de mayo el mayor Engel, ayudante de Hitler, anotó en su diario que Hitler y Goering estaban hablando por teléfono otra vez: "El mariscal de campo cree que ha empezado la gran tarea de la Luftwaffe: la aniquilación de los británicos en el norte de Francia. A la infantería le bastará con ocupar el terreno. Estamos rabiosos. Y el Führer está inspirado".⁵ Otra anotación de diario del 23 de mayo, en esta ocasión la del astuto Ernst von Weizsaecker, vicesecretario de Estado: "Tanto si los ingleses se rinden ahora como si les inducimos a la paz a base de bombas...". Bueno, las bombas no funcionaron. La orden de interrumpir la ofensiva fue crucial: "Debemos reservar Dunquerque para la Luftwaffe. En caso de que la captura de Calais resulte difícil, también el puerto ha de quedar para la Luftwaffe".

La orden de Hitler fue transmitida con claridad.⁶ Fue leída inmediatamente en Londres (el encargado de transmitirla al alto mando de la Oficina de Guerra fue el general A. E. Percival, ayudante en jefe para asuntos de defensa de la Administración general; el desafortunado individuo que, menos de dos años después, opondría una débil resistencia en Singapur, dejándola en manos de los japoneses: la más vergonzosa derrota de los británicos en todo un siglo). Ni la Oficina de Guerra, ni Churchill ni Lord Gort, comandante del BEF, fueron inmediatamente conscientes de su importancia.⁷ En la Oficina de Guerra reinaba una profunda y vasta confusión. Preocupaba la situación en Calais. Boulogne se había rendido con los alemanes la noche anterior. A las dos de la madrugada se envió una orden a Calais: “se ha decidido en principio la evacuación”. Estaba a punto de empezar el sitio de Calais; a primera hora de la mañana, los primeros obuses de la artillería alemana empezaron a caer sobre el puerto. Dos enormes buques británicos con su carga de soldados ingleses iniciaron la travesía de Calais con destino a Dover. Los alemanes los vieron con sus propios ojos. Los ingleses abandonaban el continente. Esto pudo contribuir a que Hitler diese la orden de interrumpir la ofensiva. Pocos minutos antes de que fuese impartida, el brigadier Claude Nicholson, comandante británico en Calais, declaró por teléfono a la Oficina de Guerra que la evacuación proseguiría. Sus planes eran completarla en algún momento de la jornada siguiente. Poco después la Oficina de Guerra revocaba el plan de evacuación: Calais debería resistir tanto cuanto fuese posible. A lo largo de la tarde se dieron instrucciones de permanecer en Calais a las tropas francesas e inglesas que marchaban hacia los barcos atracados en el puerto. Peor que la confusión en Calais era la confusión en la Oficina de Guerra. A primeras horas del día Churchill se enteró de la orden de evacuación. Instruyó al general Ismay: “Esto es decididamente descabellado. Lo único que conseguiremos evacuando Calais es permitir que otras divisiones alemanas refuercen a las que ya están bloqueando Dunquerque. Debemos defender Calais por muchas razones, pero sobre todo para retener al enemigo en ese frente”.⁸ Al mediodía el ímpetu de Churchill se exacerbó. Nuevo mensaje para Ismay: “No sé qué está pasando en Calais... Los alemanes blo-

quean todas las salidas... Sin embargo, confío que estén empleando para esta misión unas fuerzas limitadas. ¿Por qué no se les ataca? ¿Por qué no ataca Gort desde la retaguardia mientras preparamos la salida de Calais?". Para Churchill era lógico: otra versión, a escala menor, del ataque en dos cuñas capaz de mutilar la vanguardia alemana. En realidad, eran sus planes los descabellados.⁹ Como observó posteriormente Airey Neave, que combatió en Calais, donde fue herido y capturado (y que consiguió huir posteriormente de un campo de concentración alemán): "Los reproches que Churchill formuló a Gort por no atacar a la Décima División de Panzers cuando había al menos otras cuatro divisiones acorazadas alemanas entre el BEF y Calais... prueban la terrible ignorancia de las cabezas pensantes que dirigían la campaña desde Whitehall".¹⁰

Había otra razón para resistir en Calais. Los franceses presionaban a los británicos para que se quedasen, no para que evacuasen. Bien podían pensar sin duda que los ingleses preparaban el equipaje dejándoles a la intemperie. Churchill era bastante sensible al hecho, debido a sus implicaciones políticas y humanas. El general Weygand había ordenado mantener una amplia cabeza de puente: los puertos "pueden resistir largo tiempo". Se trataba de una exageración irracional. Sin embargo, Calais resistió hasta el día veintiséis por la tarde, y eso marcó la diferencia. De no haber defendido Calais, otras dos divisiones alemanas se hubiesen unido a las fuerzas de Guderian que empujaban hacia el norte. Guderian había alcanzado ya el lado norte del canal Aa, desde el cual se vislumbraba Dunquerque; el día veinticuatro sólo le separaban de Dunquerque algunos destacamentos británicos y varias unidades francesas. De haber ocurrido esto -escribió años después Neave- "ni siquiera hubiese sido necesaria la intervención de Hitler, *que privó a Guderian de la histórica oportunidad de ganar la Segunda Guerra Mundial en una sola mañana*".¹¹ Las cursivas son mías. Puede haber cierta imprecisión en estas palabras de Neave -imprecisión, no exageración- pero no demasiada.¹²

Surgía ahora, al menos temporalmente, un desacuerdo entre Oficina de Guerra y Churchill. Los mandos en Londres deseaban salvar a las unidades británicas estacionadas en Calais. Conse-

cuentemente optaban por la evacuación, mientras que Churchill deseaba luchar en Calais hasta el final; en parte, como ya hemos visto, porque pensaba en los franceses, pero en parte también porque ya se había dado cuenta de que así retrasaría el avance alemán hacia el último puerto, Dunquerque. La Oficina de Guerra se vio obligada a darle la razón a Churchill, aunque con reticencias. Así lo revela el telegrama que la Oficina de Guerra envió al brigadier Nicholson a últimas horas (las 11:23) de la noche del 24 de mayo: "Pese a órdenes de evacuación dadas esta mañana, tropas británicas en su área ahora bajo mando de Fagalde [el general Fagalde fue el valiente comandante francés al mando de la defensa de Calais] quien ordena no, repito, no evacuar y en aras a la solidaridad aliada debe usted obedecer". Churchill se encolerizó cuando leyó el telegrama a la mañana siguiente. Envio un mensaje al general Ironside: "Descúbrame quién fue el oficial responsable de enviar ayer la orden de evacuar Calais y quién redactó este tibio telegrama en el que se hace mención de 'en aras a la solidaridad aliada'. Esta no es forma de infundir ánimos a los hombres para que luchen hasta el final. ¿Está seguro de que no hay indicios de una tendencia derrotista entre el estamento militar?". Había al menos indicios de una inclinación derrotista en Ironside, destinatario de estas consignas. Aunque no aparecían señales de derrotismo entre los oficiales y soldados de las unidades británicas al mando de Gort (aún lejos de Dunquerque por el lado oriental, y en lenta retirada hacia el oeste), tales signos de derrotismo sí eran evidentes en el ejército belga, cuyos oficiales flamencos se mostraban muy poco dispuestos a oponer resistencia a los alemanes. En cualquier caso, cuando Churchill leyó el "tibio telegrama" a primeras horas de la mañana del 25 de mayo, la "svastika" ondeaba ya sobre tejados del Ayuntamiento de Calais. Nicholson y Fagalde prolongaron aún la resistencia alrededor del puerto y de los esteros durante día y medio más.

Notas

- ¹ Bond, *Britain, France and Belgium* (una excelente descripción de los confusos planes y motivaciones de los aliados): "Las razones de Hitler eran complejas" (104).
- ² El general de la Luftwaffe Hans Jeschonnek, el 26 de mayo, citado por Ansel, *Hitler Confronts England*, 85.
- ³ Su secretaria, Christa Schroeder, en *Er War mein Chef*, 105.
- ⁴ *The Testament of Adolf Hitler*, 90.
- ⁵ Diario de Engel, 23 de mayo.
- ⁶ ¿Es posible que a Hitler no le importase que acertasen a oírla los británicos? Posible, sí; probable, no.
- ⁷ Sin embargo, el general Pownall anotó (*Chief of Staff*, 337): "Interceptado con claridad un mensaje alemán, enviado a las 11:32 horas (en realidad las 11:42) ordenando la interrupción por el momento de la ofensiva en la línea Dunquerque-Hazebrouk-Merville. ¿Puede ser el indicio de un cambio en el curso de los acontecimientos? Demasiado bueno para esperar que así sea. [Sí]... Por supuesto, estos alemanes están acabados, eso es seguro. [No]".
- ⁸ CA, 4/150.
- ⁹ Véase las notas de Pownall sobre Churchill de ese día ("Este hombre se ha vuelto loco", ya citado). Esta violenta crítica no iba dirigida, sin embargo, a la comunicación anterior sino al respaldo que Churchill había dado previamente al denominado plan Weygand, de mucho mayor calado.
- ¹⁰ CA 4/150; Neave, *The Flames of Calais*, 122-23.
- ¹¹ Neave, *The Flames of Calais*, 107.
- ¹² Digo imprecisión, porque cuando Hitler dio la orden de interrumpir la ofensiva, las vanguardias de Guderian a través del canal Aa no estaban avanzando sino consolidando sus cabezas de puente. Por otro lado, si Hitler o Rundstedt hubiesen ordenado a Guderian que continuase su avance, todo da a entender que le hubiese bastado un día para alcanzar la ciudad, adelantándose considerablemente al gran volumen de tropas aliadas que se retiraban hacia el este.